



Formación para la vida
democrática en un país
filosóficamente indigente

Joaquín Darío Huertas Ruiz

Resumen

En este escrito se reflexiona acerca de las implicaciones de la enseñanza de la filosofía en la formación ético política de los ciudadanos, basando la reflexión en la perspectiva de H.W. Kilpatrick, filósofo norteamericano de la escuela de la pedagogía activa y en el modelo de formación griego, cuyo trabajador principal es el pedagogo, esclavo encargado del niño en sus primeros años, para luego relacionar las condiciones de la educación actual y la formación para la democracia. Finalmente, se reflexiona acerca de las implicaciones de la formación para la vida democrática en el desarrollo de una sociedad más justa y civilizada, en nuestros días.

Palabras clave

Formación, democracia, pedagogía, filosofía, democracia griega, profesores.

Abstract

In this paper it is thought over brings of the teaching of philosophy in ethical education for citizens, basing the discussion in the context of H.W. Kilpatrick, north american philosopher of active school and in the Greek education model, whose primary worker is the teacher, slave in charge of the child in his early years, and then relate the current conditions of education and training for democracy. Finally, some thoughts over brings on the implications of education for democratic life in the development of a just and civilized society in our times.

Key words

Education, democracy, pedagogy, philosophy, greek democracy, teachers.

Joaquín Darío Huertas Ruiz

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales,
Universidad Pedagógica Nacional.
Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación UPN.

Fecha de recepción: Agosto 31 de 2011
Fecha de aprobación: Octubre 19 de 2011



Introducción

Una de las preocupaciones más importantes para los educadores, está relacionada con la capacidad de formar a los ciudadanos, para que estos actúen políticamente y con criterios democráticos. Es evidente que en nuestro contexto, no es clara la relación entre actividad política y educación, entre el conocimiento recibido en la escuela y los principios de acción y relación con los otros. En este escrito se pretende motivar la reflexión acerca de la relación importante entre formación y vida cotidiana, entre filosofía y democracia, así como también demostrar que es necesaria la relación entre principios filosóficos, educación y vida democrática, desde el discurso pedagógico propuesto por el pragmatismo, específicamente de H.W. Kilpatrick, y desde la paideia griega, modelos de formación que en su tiempo implicaron la formación filosófica y la acción política como una sola, para alcanzar identidad y unidad necesarios para la prosperidad y la felicidad de tales sociedades.

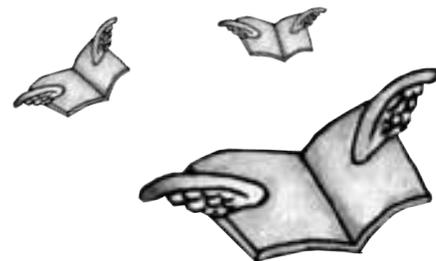
La educación como base para la construcción de la realidad cultural

En su texto “La importancia social de la escuela” H.W. Kilpatrick, entiende la construcción de la cultura¹, de la sociedad, el influjo sobre sus integrantes, de diversas formas: de un lado, el orden social se puede construir en torno a la idea del poder supremo incuestionable, en donde se hace imposible la aparición tanto de personas, de voluntad ni de criterio propio. Existen otras sociedades en donde la interacción ocurre por inercia, sucede la vida sin mayor examen y cede la capacidad de decisión a la divinidad o al destino, en actitud trágica ante la vida. De otra parte, también hay culturas donde los individuos deciden y actúan de manera libre, en actitud democrática, confiado en que la fuerza de sus capacidades y criterio son suficientes para avanzar en un proyecto común de cambio y mejoramiento constante de la sociedad. Es esta última perspectiva de cultura, la que finalmente permite que el hombre sea, y alcance la felicidad. Esto también implica que aprendemos culturalmente a estar en determinada condición social en la realidad.

Evidentemente, las culturas serán fruto de la educación que asumen como formación para sus integrantes. En ese sentido, el esquema educativo perpetúa la tradición y las distintas formas de vida en las que se funda el grupo social o en la posibilidad de transformación de la cultura y el individuo, en su mejoramiento. En nuestra escuela, hemos aprendido a ver la educación como un conjunto de saberes a enseñar, para validar la sociedad a la cual pertenecemos: se estudian los conocimientos propios de cada estamento social, las maneras como debe darse la relación entre el individuo y el grupo, así también los modos como el sujeto debería resolver los problemas cotidianos. Nuestra cultura, forma a la mayoría de sus integrantes, para obedecer y responder a las decisiones propuestas desde instancias que parecen poder elegir el mejor camino para nuestro desarrollo. Las decisiones del individuo, son meras posibilidades de acción consuetudinaria, apuntando solamente a la satisfacción de necesidades actuales, más no a objetivos de un proyecto verdadero de nación.

Eso es bueno en la medida en que las decisiones de otros nos libran de la angustia de soportar las consecuencias de nuestras propias decisiones y nos deja en el camino fácil de responsabilizar a otros por nuestra desdicha. La tranquilidad de saber que otro, sea la tenebrosa y fantasmal figura del gobierno o el dictamen del clérigo, nos enseñan que el mundo es por completo ajeno a la vida de cada uno. Desde tal perspectiva, la formación del sujeto bastará con su caracterización y memorización, pero no con su ejercicio. La idea de sujeto expuesta desde hace tiempo por Kant, en su célebre ensayo “Respuesta a la pregunta que es la Ilustración” (Kant, 1994.), a saber, la capacidad de regirse por su propio entendimiento, se ha convertido en la capacidad de regirse por la conveniencia temporal.

Es indudable que cada realidad social cambia, se convierte en algo que puede ser la continuación del establecimiento, o el degeneramiento de la cultura, o en otra cosa por completo distinto a lo percibido en determinado tiempo. ¿Nuestra sociedad, a pesar de su historia y de las constantes renovaciones ofrecidas desde otros contextos culturales, se transforma esencialmente? ¿Es posible pensar en la transformación de la cultura actual en una cultura de ciudadanos, de personas presentes en el devenir de la sociedad, dueños de sí mismos y de la realidad que comparten con otros?



1. Asumimos la concepción de Kilpatrick sobre lo que es cultura: no solo un complejo simbólico, también se entiende como historicidad, acción política y socialidad. Acerca así la concepción de cultura con la concepción filosófica de realidad.

Las paradojas de la formación en la cultura

Comencemos observando el ideal que aun mantenemos como paradigma de la formación y la cultura en el espectro de occidente: la formación griega, la paideia. Desde la más tierna infancia, todo niño griego recibía formación para participar del esquema social de la polis. Cada ciudadano², hombre y natural de la ciudad en la que ha nacido, recibió lo necesario para desenvolverse en su cultura. Ello implica que el ciudadano ha participado de la vida de la polis: ha luchado o ha puesto sus esfuerzos en pos de los objetivos comunes, puede ser feliz en el entorno que ha ayudado a construir. Para ello, se le ha ofrecido la mejor educación, lo mejor de la cultura que comparte con aquellos que le son iguales.

En este escenario aparece una contradicción paradójica: quien forma en los primeros años será alguien que no puede participar en la vida cotidiana de la polis, es el pedagogo, el esclavo que lleva al niño a los escenarios en donde va a aprender. Si el pequeño le pregunta sobre algún aspecto de lo encontrado en la realidad, ¿Qué responde el esclavo? ¿Podía mentirle a su pupilo? ¿Le dio un horizonte distinto a lo que la cultura exigía de él? La cultura griega se mantuvo a pesar de tal esquema de sociedad, donde un esclavo ayuda a forjar el carácter de un ciudadano libre. Así, en una paradoja que aún se repite, en diverso grado, donde la sociedad le ofrece al esclavo la posibilidad de moldear, de dar forma al futuro del Estado, de la magna Grecia, de la polis, de occidente. ¿Cuál es la calidad de la cultura que permite enseñar al esclavo a ser libre a su educando? ¿El pedagogo enseña a su estudiante los conceptos de la libertad por el temor del yugo de sus amos? ¿Es consciente el pedagogo que su labor en sí misma es contraria a lo que enseña, que está ofreciendo un producto que no consume? ¿Podemos asumir como posible la educación democrática a pesar de las paradojas y contradicciones que tal disposición entraña?



2. Por ciudadano griego entendemos a quien es hombre libre, mayor de edad, quien gracias a sus propiedades y servicios a la nación puede hablar y argumentar en el ágora, espacio privilegiado de todo ciudadano griego para exponer sus ideas, expuestas argumentativamente, gracias a la educación que ha recibido, legado evidente del esquema social en el que han nacido.



Debemos seguir examinando la condición de la educación, no ya desde la condición griega, sino desde nuestra propia situación: Paradójicamente, el maestro de las sociedades democráticas y civilizadas, debe aprender la pedagogía, es decir, el arte de conducir al estudiante hacia el conocimiento, como lo hizo el esclavo griego. El maestro, asalariado del negocio educativo, enseña a los estudiantes la parte del conocimiento que le corresponde por su formación profesional; se precisa que este comparta la información necesaria sobre su parcela de conocimiento, como guía en los vastos alcances de la ciencia y la tecnología moderna. Se asume que el estudiante bien informado, recorrido por las artes y las ciencias, puede desenvolverse en las sociedades actuales, actuando en consecuencia por su razón y voluntad. El maestro cumple su función dentro de la maquinaria educativa, pero importa poco si la mercancía que vende permite al estudiante formarse como ciudadano. Igual el obrero sólo puede responder por el desempeño en su partícula laboral. No decide en lo general. Es un trabajo.

Desde aquí podemos preguntarnos sobre el papel y el lugar del educador en la construcción de la sociedad. ¿Qué aporta el educador: el esquema social, cierta manera de ponerse en el mundo? ¿Es un informador, un esclavo es-

pecializado, un ciudadano ilustrado en ciernes de ofrecer las posibilidades de libertad y voluntad a sus congéneres estudiantes? En vista del lugar que ocupa el maestro en una sociedad como la nuestra y la griega, donde el maestro inicial es el esclavo, ¿Su papel y su lugar en la sociedad tiene alguna posibilidad?, en el sobreentendido de que el maestro ayuda a construir el carácter (Kilpatrick, 1946), ¿Puede el hombre estar en una sociedad, y sobre todo, formar ciudadanos libres desde la perspectiva en la que el maestro y el pedagogo son esclavos del esquema social? ¿Se puede enseñar a ser libre en condición de esclavo o asalariado?

Viejas ideas demasiado actuales

Como ya se dijo, el papel de la educación es fundamental para el desarrollo de los integrantes de una sociedad; eso sí, la educación debe responder a los reclamos de la cultura en la que se gesta, es una educación actual y situada. Al respecto, podemos afirmar que nuestra educación carece de ello: se ha centrado la instrucción en ofrecer el legado de la cultura de manera repetitiva y estéril. Los contenidos se han diseñado de modo que no se puedan aplicar en la vida; la historia, las ciencias, la filo-

sofía, son enseñadas, es decir son mostradas, para que el estudiante sepa que tales conocimientos están ahí, pero no para la praxis cotidiana. Frente a esto, Kilpatrick nos dice que “Aprender del presente es esencial para vivir el ahora” (Kilpatrick, 1946). Ese modo de pensar es revolucionario aún para nuestros días: “El niño aprende lo que vive como lo acepta y por tanto el esfuerzo de los mayores para influir en el aprender del niño ha de dirigirse a su vivir” (Kilpatrick, 1946). Ese discurso pedagógico es revolucionario aún para nuestros días:

“La escuela no prepara a nuestros jóvenes para tratar inteligentemente las situaciones que se le presentan en la realidad (...) tenemos pues que hacer a nuestros hijos inteligentemente críticos, a medida que crecen, de nuestros modos de hacer las cosas. Y ellos no pueden aprender a ser inteligentemente críticos de situaciones vivas estudiando situaciones muertas... hay que vivir estas situaciones” (Kilpatrick, 1946: 36).

Esta perspectiva nos pone frente a la certeza de una vida donde la escuela no puede ser ese espacio donde los estudiantes aprenden a vivir. La escuela es entonces un instante más en la vida de los estudiantes, donde no se vive para construir presente y futuro con el conocimiento adquirido en las aulas. Aquí estamos hablando entonces de una educación en la que conviven tanto la enseñanza del conocimiento como de aquellas cosas no precisamente académicas, que permiten a las personas desenvolverse en la realidad, lo cual no se considera, en nuestro modelo, dentro de lo educativo o enseñable. En términos actuales, la escuela no enseña al hombre a ser competente para la vida en la sociedad actual.

A diferencia del pedagogo griego, imbuido en su cotidianidad, el maestro pocas veces tiene posibilidades reales para que sus estudiantes se eduquen en su mundo de la vida: la educación impartida, es una donde se enseña según el dictamen del Estado, con herramientas y contenidos regulados para saber determinadas cosas y responder a ciertas maneras de establecer el aprendizaje del aparato educativo, que, de acuerdo a las convenciones del saber científico, solo son replicables en el laboratorio. Es importante decir que la inteligencia de las personas es medida tradicionalmente con el acumulado de información y las habilidades para comerciar con ella, en términos cuantitativos y estadísticos. No se mide cuánto los conocimientos pueden ayudar a alguien a conseguir la

felicidad o un futuro provechoso, mucho menos se puede, hasta ahora, reconocer mayor o menor inteligencia al adoptar una posición política; se discute también si es posible desarrollar pensamiento crítico con el conocimiento proporcionado en la escuela. ¿Se puede así enseñar libertad y racionalidad, sin tener ni pensamiento racional ni actitud moderna ante el quehacer social? ¿Es lícito divorciar la cotidianidad del conocimiento, porque el conocimiento legal se construye en condiciones controladas, así no sea conocimiento de lo humano?

Desde la pedagogía activa, de la cual bebe Kilpatrick, es impensable la educación no vivencial y que no permita el desarrollo de las capacidades de los estudiantes. “El niño aprende lo que vive como lo acepta y por tanto el esfuerzo de los mayores para influir en el aprender del niño ha de dirigirse a su vivir” (Kilpatrick, 1946). Un programa educativo que no acerque al estudiante a la experiencia de su cultura, al contacto con los problemas que la misma realidad le proporciona, sencillamente no tiene pertinencia. En la perspectiva de la construcción de una educación democrática, como adultos conscientes, hacemos un trabajo poco alentador en el empeño de educar a los jóvenes: los educamos para la perpetuación del intercambio informativo, pero no para vivir en sociedad y para ser conscientes de sus actos; les damos las posibilidades para que naveguen fácilmente en los medios y en las opiniones, pero no para asumir lo que reciben críticamente ni para vivir en sociedad y ser conscientes de sus actos; aportamos poco para que puedan construir su parte en la cultura y la sociedad.

Cabe preguntarse cuál ha sido el papel de la filosofía en este tipo de educación. Aparentemente, la filosofía no haría parte en la cultura ni en la educación; es un saber distante y ajeno, impropio. Es paradójico ver que la perspectiva evidentemente pragmática de la pedagogía activa se asiente en principios filosóficos:

“La filosofía de la educación considerada por el presente escritor se basa en la filosofía general y existe para ayudar al educador consciente a proceder mejor que lo haría de otro modo. La filosofía de la educación trata especialmente de prestar auxilio: 1) criticando las hipótesis empleadas por los educadores; 2) contribuyendo a aclarar los objetivos pedagógicos y 3) evaluando críticamente los diversos métodos educativos que afectan a los objetivos seleccionados” (Kilpatrick, 1969: 15).

La filosofía, lejos de ser solamente reflexión, tiene lugar en la construcción de la cultura en la cual se inscribe: sirve de horizonte, de principio y de impulso en la transformación de la realidad. Cuando tales principios no son asunto de la filosofía ni de las personas que componen la sociedad, éstas permanecen en un estado de indigencia miserable. El vacío de las culturas, lo es también de la indigencia intelectual de sus personas, quienes no pueden actuar de acuerdo a principios comunes, donde la libertad y la acción están sujetas al bienestar común. Filosofar es aprender a moverse: es entonces una tarea urgente para lograr la transformación de la cultura, para enriquecerla. La filosofía, así comprendida, tiene cabida en la educación. Pero, ¿Cuál es su papel preciso? ¿Puede realmente transformar la realidad? –Dicho así, pareciera la filosofía poseída de un poder inherente- ¿Qué debe hacerse con la filosofía en la escuela y en la vida de todos los días?

El maestro filósofo y su cultura filosóficamente indigente

Normalmente, se acepta que la filosofía no es una disciplina de acción sino de reflexión. Se da por sentado que el ejercicio reflexivo es eminentemente conceptual, aunque sea manifiesto el poder de las ideas para generar movimientos y acciones políticas, sociales y éticas. ¿No se puede pensar que el reflexionar mismo es algún tipo de práctica, y que esa práctica puede ser experimentada? “Nosotros aprendemos lo que vivimos” (Kilpatrick, 1945: 34), dice Kilpatrick. Para este autor, el concepto experiencia refiere a la vivencia humana y como tal, a la vivencia en sociedad, con todo lo que ello implica: estar inmerso en un universo cultural, seguir un complejo de protocolos de comportamiento, hablar de determinada manera y en un sistema lingüístico específico, negociar los intereses y esfuerzos propios con los de la comunidad, ser consciente de las urgencias de cambiar para mejorar, en fin, vivir la vida es vivirla en medio y con otros quienes también ocupan su lugar en la sociedad.

“Solo el hombre tiene experiencia en el pleno sentido de la palabra, pues solo el hombre es en un sentido pleno autoconsciente. Una persona enfrenta situaciones constituidas en parte por el modo como ve el ambiente. La formación del yo consciente sólo se realiza por un vivir cada vez más compartido y comunicativo dentro de un grupo

social en el que los miembros más viejos han alcanzado un yo más adecuado” (Kilpatrick, 1969: 17-18).

El papel de la filosofía así vista es de carácter cultural, antropológico, ético y también social. No es asunto entonces de algunos eruditos, sino de todos, proyectando el futuro de una cultura asumiendo como responsabilidad tanto la formación de todos para decidir y conducirla hacia un proyecto común como individual en la comunidad. Se podría pensar que la filosofía se debe reducir entonces a la reflexión ética, pero es preciso señalar el carácter integral del examen filosófico de la vida. Más allá de las distintas respuestas, todas las escuelas filosóficas han vuelto a las mismas preguntas, se han tratado los problemas de la vida y se busca dar sentido a los horizontes donde se pone la vida en juego. Sin embargo, sabemos que el esquema educativo privilegia los principios generales y ha olvidado el papel determinante de la acción, en este caso del filosofar en la escuela como medio para el fin de la vida democrática.

Es evidente que la educación filosófica si tiene un campo de acción en las vivencias de los estudiantes; se debería dar en los jóvenes la reflexión sobre su cotidianidad, colaborando a los estudiantes en el reconocer e interpretar el acontecer de sus vidas. Es menester preguntarse si el niño tiene suficiente con los diversos saberes que recibe para vivir una vida que se espera sea buena y feliz. Cuando el maestro recurre a la historia de la filosofía o a la biografía de algún pensador, ¿Por qué lo hace? ¿Edifica su carácter saber de las vicisitudes de los pensadores o de las escuelas filosóficas? ¿Puede ver en su vida tales problemas? Kilpatrick, en un sentido amplio y constructivo de los términos, propende por la edificación del individuo no como un cubo vacío a llenar, sino como sujeto, dueño de las posibilidades de aceptar su vida y vivirla de buen grado.

¿Cómo podríamos considerar la visión del maestro respecto de la formación? Se ha privilegiado la enseñanza filosófica desde el punto de vista de la indigencia y la esclavitud, donde se cumple el papel formal de proporcionar información, más no de proyectar la vida del hombre como praxis consciente dentro de su realidad, es más, en este sentido el maestro es responsable del deber ciudadano de proporcionar todas las posibilidades para que el estudiante experimente las vicisitudes de vivir democráticamente, donde cada uno es responsable del curso de

los acontecimientos sociales, cosa que no es posible en nuestro contexto.

Cuando el maestro muestra información, la evalúa de acuerdo al esquema simple de las coincidencias entre lo que dice el estudiante y lo que sabe el profesor, sin importar sus consecuencias en la experiencia vital del estudiante, tenemos también así un maestro indigente, fruto de una sociedad en la misma condición; las razones son muchas, pero las soluciones deben comenzar a reflexionarse: puede pensarse que la educación, la formación, es necesariamente educación filosófica para la toma de decisiones. Hay que pensar también que el maestro debe conducir al estudiante a evaluar y actuar en consecuencia, inteligentemente, esto es, a tener carácter, voluntad. El maestro de filosofía, maestro filósofo, tiene la responsabilidad de proporcionar a sus estudiantes distintas perspectivas con las cuales formar criterio en la vida democrática, “Pues yo me estoy formando mi filosofía de la vida como me estoy formando mi propio carácter por las sucesivas elecciones que realizo. Lo que yo acepto para actuar, lo que yo formo como carácter, lo que -si pienso rectamente- debo contármelo a mí mismo y al mundo es el género de hombre que me propongo ser” (Kilpatrick, 1946: 32).

Una educación filosófica activa y democrática para constituir una realidad inteligente

La filosofía activa de Kilpatrick nos pone de presente que:

“La propuesta filosófica es pues estudiar la experiencia y descubrir desde aquí lo que el hombre puede encontrar respecto a cómo pensar y evaluar. (...) tres concepciones parece que coinciden aquí para constituir un punto de vista experimental: 1) la concepción acabada de discutir de que las ideas significan sólo sus consecuencias en la experiencia; 2) la concepción de que la experiencia, al menos la de la clase que nos interesa, es esencialmente social en su origen y predominantemente social en su propósito, y 3) la concepción de que descubrimos lo que hay que esperar en la vida estudiando experimentalmente la uniformidades dentro de la experiencia. Si reunimos estas tres concepciones tenemos al menos un punto de



vista prometedor para el estudio de cualquier experiencia humana” (Kilpatrick, 1969: 21).

Ya pensando en la acción educativa, el maestro filósofo debería pensar desde una perspectiva proyectiva de su actuar. En este sentido, la idea de la pedagogía activa, esto es, producir escenarios educativos en los que se puedan vivenciar situaciones –de carácter filosófico en este caso–, concuerda con las perspectivas que muchos filósofos tienen respecto de la filosofía de la educación. Baste recordar que Kant afirmó que no es posible enseñar filosofía sino filosofar. Por tanto, la educación en filosofía se debería orientar hacia el ejercicio de la reflexión para formar una actitud filosófica para afrontar la cotidianidad. La proyección didáctica y pedagógica de las clases de filosofía, deberían entonces permitir reconocer y superar



los escollos que naturalmente aparecen en el trasegar de los días. Volviendo a las prácticas educativas de los griegos, éstas se dirigían a moldear el carácter griego, a su manera de asumir su realidad, a la defensa del estado, pero también a la búsqueda del mejoramiento de la cultura y la vida en general de los ciudadanos.

Concebir la educación filosófica nos pone de presente que, en primer lugar, la filosofía vista como proyecto existencial, es un reflexionar la realidad y no lo establecido como la clase de filosofía tradicionalmente; es conducir al riesgo de asumir la propia realidad desde la perspectiva del sujeto, quien no es parte del coro griego, sino está dispuesto a defender la nación aún a riesgo de defender lo que no se esté de acuerdo; a entender cómo la defensa de las ideas ajenas es también defender la posibilidad de proteger las propias, constatar cómo el diálogo y la disputa racional de las ideas nos llevan al consenso.

Es, así mismo, entender que el consenso y la cultura son esencialmente sociales y que la manera de construirlas es por la interacción social, donde se ponen de presente las evidencias de la convivencia y no los ideales ajenos a alcanzar. Es, en últimas, descubrir que las bases de la convivencia y los avances científicos son precisamente la reflexión y la beligerancia discursiva o la acción comunicativa. Ello supone no pocos problemas en lo formativo y didáctico: ¿Cuál es el mejor modo de alcanzar tal estado? ¿Lo establecido dentro de la enseñanza de la filosofía en la educación media es suficiente para alcanzar tales objetivos? Frente a las respuestas absolutistas de lo general, hay que responder que el maestro de filosofía debe estar lo suficientemente preparado para proveer de experiencias a sus estudiantes con situaciones de carácter ético filosófico in situ, siguiendo las ideas de Kilpatrick.

Educar entonces, es desarrollar el carácter, es decir, la construcción del sujeto, capaz de decidir en libertad, de actuar de acuerdo a los criterios que la cultura ha forjado la mente y la voluntad, cotidianamente, de manera indeleble. La cultura se forma en la educación, por lo tanto, el carácter se forma con ésta. Las capacidades de decidir y de estar en el mundo son esencialmente producto, como hemos sido educados. De este modo, a la vez que nos vamos educando, nos ubicamos en el lugar que la cultura nos ha otorgado y actuamos en consecuencia. Las decisiones que tomamos, son del esclavo, del sumiso o del hombre libre, por la educación filosófica con las que somos educados.

Bibliografía

Beyer, L. (1997). William Heard Kilpatrick (1871-1965). *Perspectivas*. Volumen XXVII, número 3. pp. 503-521, septiembre. París: UNESCO.

Kant, I. (1994). *Filosofía de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kilpatrick, W. H. (1946). *La función social, cultural y docente de la escuela*. Buenos Aires: Losada.

Kilpatrick, W. H. (1946). *Filosofía de la educación*. Buenos Aires: Losada.

